

## El fin de un gran luchador

(Con motivo de cumplir el quinto aniversario de la trágica muerte del eminente tribuno y hombre público argentino Leandro N. Alem, ocurrida el 1.º de Julio de 1896, nos hacemos un honor en publicar el brillante artículo que va al pie de estas líneas, escrito por otro eminente hombre público uruguayo: el Sr. Eduardo Acevedo Díaz.).

Desde niño fué fuerte y animoso. Con una tradición triste, casi lúgubre de familia, el niño altivo, de frente pálida, se educó solo. Siendo él como sombra errante de una leyenda trágica y sombría por razón de antecedentes históricos, se le miraba por los fuertes como á un vástago de funesto tronco; y en justo desagravio, él sabía vencer y humillar á los fuertes, cuando éstos se ensañaban con los débiles. En los primeros albores de la vida, muy lejos todavía del sentir del hombre, sentía y cabilaba como un adulto. Traía los gérmenes de las grandes pasiones y de los grandes dolores. Estudiaba como un deber y como una necesidad. Tenía los fervores del que cree, y las poderosas energías del que sueña.

Se formó solo el niño desvalido. Desenvolvió sus fuerzas á la manera de esos árboles casi salvajes y solitarios, que al surgir de la tierra generosa sólo riegan el agua del cielo.

Echó raíces profundas, porque había mucha savia. Podía resistir al embato cruel de todas las iras y los odios.

La tradición tétrica no era marca de fuego para él. Disciplinó su inteligencia para pensar bien; templó su voluntad como se temple una hoja toledana, para que resistiera sin quebrarse los choques más violentos; adobó su sangre con el acre aroma de las virtudes espartanas, para que todos los actos de su existencia llevarsen el sello de una austeridad que ya no es de estos tiempos, pero que volverá á ser de los venideros.

Acaso en el afán ardiente de adobar sus fibras para la ruda batalla de la vida, no asimiló su intelecto todo lo indispensable para que él brillase en el



Dr. Leandro N. Alem

orden de las ideas como una estrella de primera magnitud.

Tenía prisa en armarse caballero y en romper lanzas.

Daba á las energías de su alma mayor importancia que á los vuelos serenos del espíritu. Precipitábanle las ansias heroicas por el sacrificio. Todo él era ímpetu y denuedo. En la malla incontestable de su voluntad de hierro tenían que embotarse los más recios golpes, porque su escogido temperamento nervioso acogía el revés y el contraste como estímulos de hondos anhelos.

Arrojado al mundo y confundido con una memoria dolorosamente triste, llevó en sus ariscas mocedades el crespón en las ropas y el crespón en el alma, con el orgullo propio del que cree que los actos de los predecesores no afectan á la prole cuando la prole se alza sobre el nivel de la miseria humana y se dignifica por su esfuerzo.

Se lanzó á los combates á muerte en guerras asoladoras: estudiante todavía, mostró en los días del peligro y de la prueba, cuán alentoso era su pecho de patriota. Quería ilustrar su nombre, ganar un puesto á que tenía derecho en el aprecio de sus conciudadanos.

En las rudas luchas por el imperio de la libertad institucional, más tarde, su gran carácter delineó la acción eficiente del civismo, combatiendo sin descanso lo que creyó inmoral y corruptor.

El libre sufragio lo tuvo por paladín esforzado. A hierro y fuego hizo un día triunfar la candidatura á senador del Dr. Bernardo de Irigoyen. Se alzaron voces de asombro, de sospecha, de suspicacia hiriente y abrumadora. Este caudillo, que así surgía

brioso é indomable, era una amenaza terrible. Debía haber en él una propensión fatídica á la reversión parcial: algo de atávico en sus instintos; mucho de ambición proterva en quien llevaba sobre sus hombros el peso de hiperbólicos pecados, ya del dominio de la historia. De ahí que él nos dijese una ocasión con intensa amargura: "¡los antecedentes condenan!"

Al igual, sin embargo, de las grandes aves ma-